



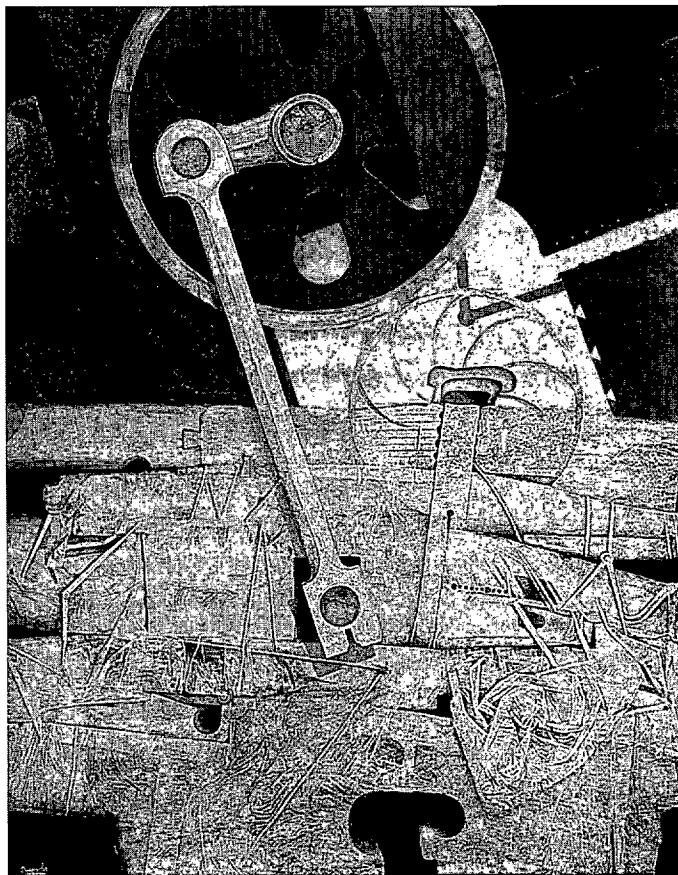
ARTE

Diez pintores de Albacete

José Sánchez de la Rosa

Escritor y periodista

Fueron diez y han vuelto todos. Ocho están vivos y los restantes en una *resurrección* imprescindible. El mismo sol que enderezó sus huesos —como escribía Tico Medina hace un cuarto de siglo— calcinó el corazón de dos de ellos. El ave fénix se eleva y ahora está aquí, en un retorno mágico, sobrevolando sus cenizas, con la obra que nunca muere. El resto de la tribu está intacto, de pie. El caballete unánime que los reunió en la Corte se despatarra en este salón, y devuelve de forma tangible su propio milagro; una espátula prodigiosa extiende sobre el lienzo de la memoria la fascinación de antaño, la elección de una estética, cada uno como fue —como es— y todos con ese ensamblaje natural que clasifica a la gente según su origen y sin una exigencia documental pero con rasgos que la distinguen a partir de una concepción del arte y su interpretación. Nunca se hizo un viaje a Madrid con tantos deseos de dejar un testimonio estético superando el espacio de la pequeña ciudad, siempre alicorto. No hubo un tren especial y colectivo, como era frecuente entonces por el interés de un partido de fútbol o por un paseillo en Las Ventas. Para este viaje de 1974 se necesitaron otras alforjás. Son las que ahora se vacían, y no en una operación torrencial sino sosegada, ordenando en la pared lo que en realidad es un bello ejercicio de desorden, por la diversidad de estilos y de técnicas, aunque sea persistente la sensación de



Quijada: "Sin título".

tener delante, para su contemplación sin reservas, una obra colectiva de alta calidad, que la crítica acogió en su momento con justos elogios. Si es cierto, como dice Viola —y no hay por qué dudar de juicio tan autorizado— que el objetivo final es mostrar los tejidos internos del alma, esta es una buena ocasión para comprobarlo.

Así es el reencuentro con **Pedro Castro** y su ideal de bodegón, donde dejó lo mejor de sí mismo, y su búsqueda de la luz que pudo negarle el destino velando sus ojos para siempre, pero que es fácil descubrir en sus cuadros, indeleble y tozuda. Y con **Alfonso Quijada**, también a este lado de las tinieblas, dotando de equilibrio la materia, organizando un *collage* indescriptible, original y sugerente. Pintó

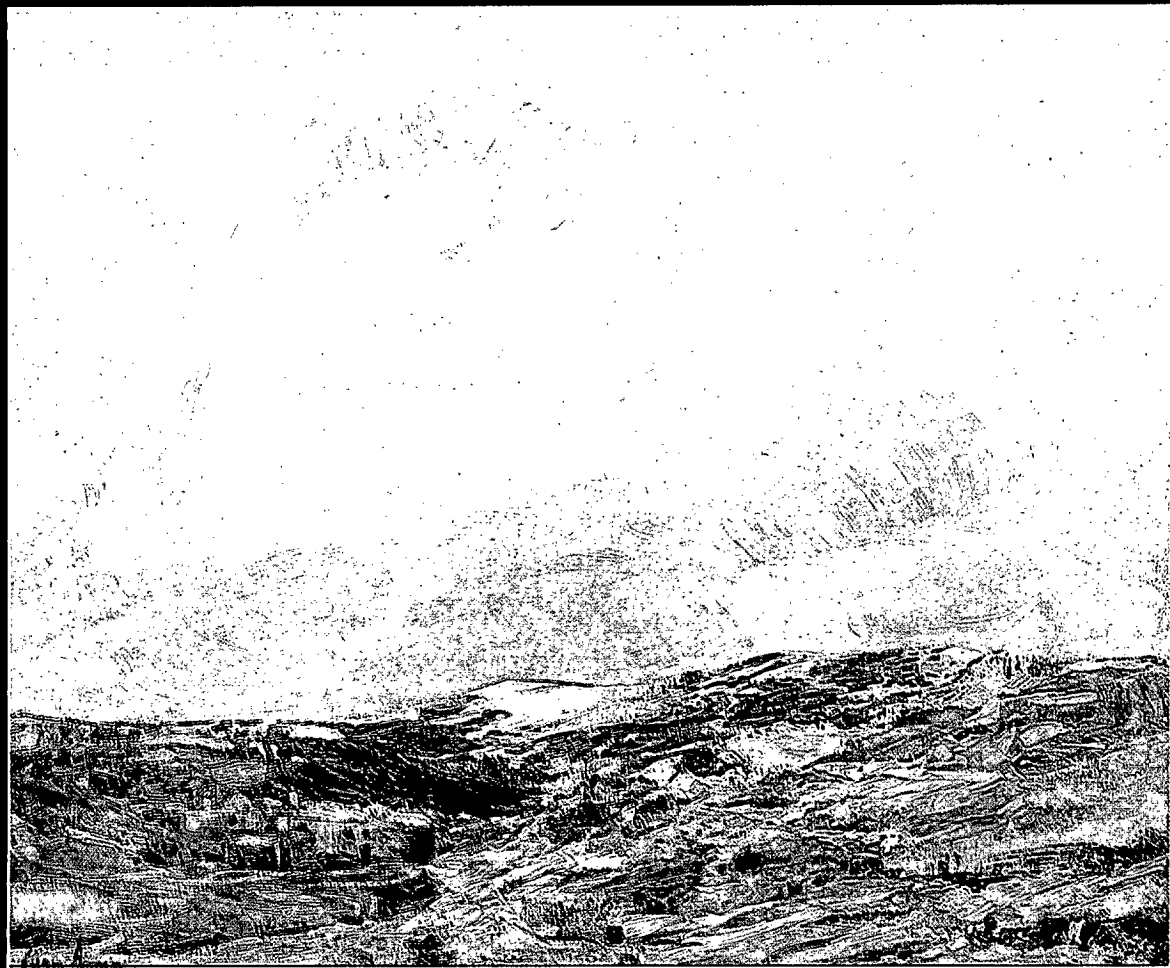
sobre cualquier cosa que tuvo delante, y ya no era un objeto inerte, que era un propuesta cromática y vitalista, o simplemente gris, su color básico.

Los restantes pintores cruzan esta puerta invisible de una galería que evoca la que, veinticinco años atrás, descubrió el pedigrí artístico de un Albacete ignorado y casi marginal, citado en los chascarrillos de la revista y ausente de un marco intelectual donde de pronto surgió una revelación. La visión retrospectiva de su trabajo desaconseja la tentación de advertir los estragos del tiempo sobre ella; contrastad su obra de ahora: son ellos

RESUMEN:

José Sánchez de la Rosa, escritor y periodista, en la edición de Albacete de *La Verdad*, resume en este artículo las trayectorias de Diez pintores de Albacete que se unieron por primera vez en una exposición, celebrada en Madrid en 1974 y que se han vuelto a mostrar juntos, 25 años después en otra, organizada por el Ayuntamiento de Albacete en el Museo Municipal. Este texto es el prólogo del catálogo de dicha exposición y su reproducción nos ha sido autorizada generosamente por el autor.

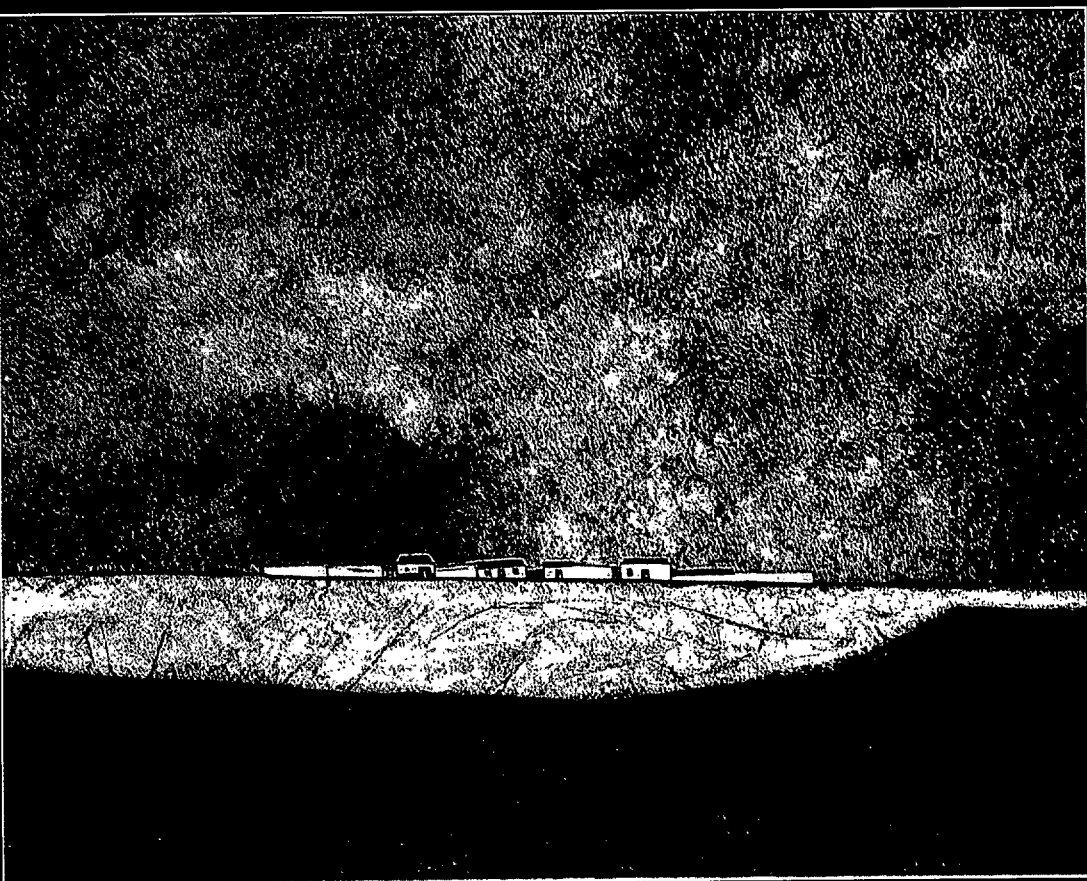
Revista de los amigos de Castilla-La Mancha



Juan Amo Vázquez: "Luz de frío".



González de la Aleja: "Deshaucio".



Lozano: "Llanura".



Pilar Belmonte: "El mar", 1990.

mismos. Ahí nació todo lo que la disciplina, el rigor y el talento han afianzado, enriquecido los viejos criterios con otras perspectivas, porque la renuncia es obscena en un proceso creador.

Es así como vemos a **Abel Cuerda**, por un itinerario que sería realista y abstracto según conviniera a su talante, a veces formal, siempre contradictorio y por tanto magnífico. A nadie puede dejarle indiferente su capacidad de expresión, de una belleza y pulcritud sin énfasis. Y si hay que hablar del paisaje que lo diga **Amo Vázquez**, que pintó Toledo sin quedarle otra, en una de las

versiones más audaces y valiosas de la Ciudad Imperial. Toda su percepción de Castilla está impregnada de matices violentos, ocre intensos, con un *touche* impresionista que le hace mucho bien.

Godofredo Giménez. Su *Bicicleta*, que se exhibe en el Museo, no es sólo para el verano, como la teatral de Fernán Gómez, sino una posibilidad de pedaleo por infinitos caminos plásticos, con cierta influencia velazqueña inconfundible. Gran muralista, dibujante espléndido, trabaja frenéticamente.

Lozano es otro de los nuestros; hay que citar su nombre con acrílico, nadie como él conoce el impacto de La Mancha como desafío pictórico. No existe un sitio que haya olvidado en una larga y cálida exploración por sus rincones. Blancos de cal, tejas árabes, álamos desnudos, fuentes. José Antonio –de Yeste, por más señas– pintor horizontal, largo, andariego por el color, por la austeridad o por el regocijo de la paleta.

El último paso de **Pilar Belmonte** ha sido en un andén, en Gandía, donde un vitral suyo recibía al viajero que somos todos, incluso desde esta distancia donde la reconoceríamos siempre, si surrealista, pues eso, y desde luego lineal, de la Ceca a la Meca con una profesionalidad acreditada.

González de la Aleja es el azul, el sueño en azul, la ternura onírica, el roce, tapetes y floreros, un ingenuismo delicado e infantil. Es grato sumergirse en sus cuartos, en los pequeños detalles, en las imágenes como en un fanal de misteriosa seducción. **Ortiz Sarachaga** es el dibujo, el dominio, el gusto por la abstracción, los escarceos orgánicos, y una inclinación intimista, que prevalece en su obra, como si temiera ser vulnerada. Y **Martínez Tendero** sus figuras deshilachadas, a ráfagas, junto con otras poderosas, el metal como concepto, y de transparencias sutiles las que hagan falta. En el Pilar zaragozano ha dejado una huella histórica: una de las bóvedas lleva su firma.

Se fueron diez, aquel febrero, y vuelven los mismos, que he pasado mi lista sentimental y no falta ni uno. Ahí los tienen, alineados en una exposición que le hace justicia a lo que fue una incursión madrileña inolvidable y que vale la pena repetir. ■



Catálogo de la exposición de 1974.



Ortiz Sarachaga, Quijada, González de la Aleja, Juan Amo, Abel Cuerda, Martínez Tendero, Pedro Castro, Godofredo y Lozano.